

Diciembre, 2019

UNA MIRADA AL COMPLEJO DE EDIPO DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICODINAMICO

A look at the edipo complex from the psychodynamic viewpoint

Adrié Yulepsy Ospino Pérez *

Psicólogo en formación, Universidad del Área Andina.

Aospina24@estudiantes.areandina.edu.co

Resumen

El complejo de Edipo se caracteriza por ser uno de los ítems centrales en la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud, el cual brinda el sustento de su teoría de la formación de la personalidad y del desarrollo psicosexual. El siguiente artículo hace una reflexión que parte del concepto general del complejo de Edipo, sus orígenes, vicisitudes, su influencia en el desarrollo de la personalidad en el ser humano, en este apartado se hace un recorrido por el desarrollo del Ego pre-edípico, llegando a la fase edípica y resaltando de igual manera el influjo de las actitudes de los padres, y por último se abordan las posibles dificultades en la resolución del Complejo de Edipo. A modo de cierre se resalta la importancia de conocer con sumo detalle la influencia de esta etapa tan crucial en la formación de la personalidad del individuo motivo por el cual debe ser estudiada a fondo por el terapeuta psicodinámico.

Palabras clave

Complejo de Edipo, Personalidad, Etapa Oral, Enfoque Psicodinámico, Castración.

Abstract

The Oedipus complex is characterized by being one of the central items in Sigmund Freud's psychodynamic theory, which provides the basis for his theory of psychosexual development.

It is in this context that the oedipal operation is cut down as fundamental given that it is because of its effectiveness that language takes us within it.

Integrating ourselves to the world of human exchanges. Thus we find that the Oedipus and Castration Complexes form an important axis of the theoretical psychoanalytic building since they concern the psychic path itself.

The Oedipus and Castration complexes then fulfill a structuring and normative function; It is a journey that takes all childhood and adolescence, and which emerges with the possibility of desire as a result of the mark of the law, and with a sexed position.

The following article makes a reflection that starts from the general concept of the Oedipus complex, its origins, vicissitudes, its influence on the development of the personality in the human being, in this section there is a journey through the development of the pre-oedipal Ego, reaching the oedipal phase and highlighting in the same way the influence of the attitudes of the parents, and finally the possible difficulties in the resolution of the Oedipus Complex are addressed.

By way of closure, the importance of knowing in great detail the influence of this crucial stage in the formation of the personality of the individual is highlighted, which is why it must be thoroughly studied by the psychodynamic therapist.

Keywords

Oedipus Complex, Personality, Oral Stage, Psychodynamic Approach, Castration.

Introducción

Para hablar del complejo de edipo desde el enfoque psicodinámico es necesario como primera medida esclarecer conceptos como lo son: Complejo de Edipo, Enfoque Psicodinámico, y su concepción del Edipo. Por esto es absolutamente necesario distinguir los orígenes del

complejo de Edipo y su influencia en la personalidad del individuo.

Al revisar “Edipo Rey” se evidencia totalmente la construcción de la verdad y de la parcialidad del saber, ya que el protagonista no se enfrenta a una verdad como la conocemos, sino a una verdad

vista desde el punto de vista psicoanalítico, la cual debe ir construyendo poco a poco. Es en la trama y sus interrogantes donde se da el proceso de construcción de la verdad. Lo interesante radica en ver como Edipo está tan seguro de su verdad que exhibe una arrogancia de tipo narcisista y es sobre esa misma verdad que termina enfrentándose a la temida castración.

La anterior ilustración permite decir que el objetivo de las siguientes páginas consiste en describir el bagaje teórico asociado a dicho tópico objeto de reflexión.

Reflexión

Complejo de Edipo

Sin duda alguna el complejo de Edipo es considerado uno de los conceptos de Freud más controversiales de historia debido a contextualización que este le dio, la cual no fue muy bien vista en un principio ya que este consiste principalmente en los sentimientos y deseos del infante en poseer al progenitor del sexo opuesto y aniquilar al del mismo sexo; el niño desea poseer a la madre y la niña poseer al padre.

Freud citado por Vega (2015) manifiesta que entonces, hay que

resaltar que la existencia del Edipo es desde el principio para Freud, algo universal, un esquema filogenético que ha de llenarse con la propia experiencia, lo que marca la singularidad de la propia trama en cada individuo. Tres años más tarde, en 1900, Freud hace mención explícita a la tragedia de Sófocles y afirma que "... esos deseos enamoradizos u hostiles hacia los padres (...) ocurren en el alma de casi todos los niños. En apoyo de esta idea la Antigüedad nos ha legado una saga cuya eficacia total y universal sólo se comprende si es también universalmente válida nuestra hipótesis sobre la psicología infantil. Me refiero a la saga de Edipo rey y al drama de Sófocles que lleva ese título" (Freud, 1900, p. 28).

Entonces se podría decir que en los primeros años del infante entre los dos años y los cinco se fundamenta una serie de tendencias sexuales, dándose como elección del objeto, en el niño, la madre, y en la niña, el padre, al darse esta elección del objeto y al sumarle el comportamiento de hostilidad frente al progenitor del sexo opuesto, surge el llamado complejo de Edipo, que se da en todos los seres humanos en un determinado ciclo de nuestras vidas en donde se determina los cimientos de

nuestra personalidad obviamente esto se dará dependiendo del desolló y resolución de este conflicto.

Por ende es de suma importancia mirar cómo se da esta dinámica tanto en niños, como en niñas, en una primera instancia se hablara del complejo de Edipo en los niños:

Una de las fantasías eróticas del niño tiene relación con la posesión de su madre. Junto con este anhelo incestuoso, el niño experimenta resentimiento y celos de su padre, e incluso llega a desear la desaparición de este. Conformen las imaginaciones del niño se intensifican, empieza a crearse un conflicto interno. Sigue deseando tener exclusividad con la madre pero ve al padre como una figura dominante y amenazadora que puede buscar venganza si se descubrieran sus sentimientos y pensamientos verdaderos. Por lo tanto, se desarrolla una ansiedad de castración o miedo a la castración que se convierte en el componente principal del complejo masculino de Edipo (Nye , s.f., pág. 23)

Según lo planteado anteriormente, el niño empieza a experimentar un temor intenso ante la posible pérdida de su miembro genital, generando así una represión ante los

deseos incestuosos hacia a la madre y de esta misma manera los de aniquilación ante el padre.

Respecto a la situación edipiana en el sexo femenino, Freud escribe: con la transferencia del deseo niño – pene al padre, entra la niña en la situación complejo de Edipo. La hostilidad contra la madre, preexistente ya, se intensifica ahora, pues la madre pasa a ser la rival que recibe del padre todo lo que la niña desea de él (Garcia Restrepo, s.f., pág. 186)

Por lo visto en el caso la dinámica del complejo Edipica femenino es algo más complejo debido a que la niña experimenta la sensación de haber sido despojada de algo que claramente no posee o nunca ha poseído, pero que, para su mundo la madre se lo ha arrebatado (el pene del padre) lo cual hace que nazcan los sentimientos de hostilidad ante la madre. Con la amenaza de castración, cuyo papel es definitivo para la entrada al Complejo de Edipo en el caso de la niña y para su sepultamiento, en el caso del varón. Debido a la angustia que le genera la propia falta y la decepción de la castración materna, la niña -dijimos- cambia de objeto de amor y vira hacia quien sí tiene un pene para darle, su padre. Espera así que él pueda subsanar

el “error” de su madre y ante la nueva imposibilidad, reconoce la castración renuncia al deseo de un pene desplazándolo al deseo de recibir un hijo como regalo del padre para lo cual también cambia de zona erógena, invistiendo, en la adolescencia, la vagina como continente del pene deseado.

El Edipo en este ciclo evolutivo de la vida es un rotundo fracaso ya que se ve reflejado la pérdida de los deseos hacia a los progenitores del sexo contrario por ejemplo: el niño pierde a la madre en el sentido en que nunca podrá poseerla sexualmente pero que a su vez la recupera eliminando todo sentimiento incestuoso el cual se verá reflejado en un amor limpio y puro hacia a ella, pero ¿Cómo es que se da este proceso? A través del sepultamiento del Edipo, para el niño este proceso se da por medio de la identificación con su padre “es esta la época en el que el niño imite actitudes y comparte intereses con su papá y sublima, inhibe en su fin y trasforma en ternura la sexualidad que sentía hacia a la madre” (Brainsky, s.f., pág. 204). En el caso de la niña el sepultamiento del Edipo es algo más complejo, eventualmente la represión interviene; entra en juego los mecanismo de

identificación con la madre y la sublimación de los sentimientos hacia al padre. Se estructura el superyó pero, en las niñas, el complejo de Edipo no es eliminado por el temor de la castración; persiste, por lo tanto, mucho más y se abandona tan solo muy lentamente (Brainsky, s.f., pág. 205).

Este mecanismo es precisamente esa identificación explicada, por efecto de la cual se instala el Superyó y se establecen rasgos femeninos y masculinos tomados de ambos padres, rasgos que contribuirán al carácter del Yo y a la sexuación del sujeto. La “resolución” del Edipo marcará, como veremos luego, la internalización de la ley y la posición masculina o femenina que el sujeto adopte en relación al otro sexo, pues no hay nada en la naturaleza que determine una u otra posición de antemano. Entonces, la identificación va a jugar un papel fundamental en la formación del superyó que no solo va a **direccionar el deseo del niño hacia su masculinidad sino que va a instaurar también la ley de prohibición “Así (como el padre) no te es lícito ser’, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace, muchas cosas le están reservadas” (Vega, 2015, p. 5).**

Todas las cosas descritas anteriormente dan la antesala

paternas y las formación de un superyó fuerte, así mismo se verá a una persona que no es afectada por ninguna patología, en el caso en que el Edipo fuese resuelto de forma negativa se vería afectada la vida psicológica, y por ende el superyó débil, carente de valores y de cierto modo una persona ante un carácter sexual totalmente inferior, insegura de sí misma .a un Edipo resuelto positivamente, en donde se incorpora las reglas sociales, los valores personales, las figuras

Desarrollo del ego preedípico

Para poder comprender los logros y el papel de la fase edípica se ha de examinar con cierto detalle cuanto ha sucedido con anterioridad, especialmente en el campo de la vinculación social específica del hijo con la madre. La teoría psicoanalítica clásica ha sostenido a lo largo del tiempo y de sus distintas concepciones que el lazo social entre el infante y la madre es secundario, por derivarse de satisfacciones unidas a los instintos impulsivos primarios, que, a su vez, son "anaclíticos", es decir, "apoyados" en necesidades conectadas con la autopreservación. Por ejemplo, los impulsos orales se "apoyarían" en el alimento y la satisfacción del hambre.

Se dice que, por la experiencia de ciclos repetidos de necesidad, frustración y satisfacción, el infante construye gradualmente una imagen íntima de su madre que se convertirá en la base de la dependencia e integración sociales del niño. Lo que la investigación ha descubierto últimamente acerca del niño no invalida, a mi parecer, estos supuestos; más bien indica que son unilaterales y restrictivos. Ha llegado a ser evidente según, Rheingold, Schaffer y Emerson (1920) citados por Vega (2015) que otras formas de estímulo — visual, auditivo, cinético y táctil— son definitivas en el desarrollo de la vinculación social específica con la madre, por la que el niño llega a distinguirla de todas las demás personas que le rodean.

Ya en las primeras semanas de su vida, es capaz de distinguir complicadas configuraciones de estímulos visuales y auditivos, en un grado muy superior a lo que anteriormente se creía posible. Uno de los espectáculos más interesantes para el niño es el rostro humano, con sus ojos bailadores y brillantes, con sus músculos siempre en sutil movimiento (como cuando sonríe); su contemplación se une frecuentemente a interesantes y variadas vocalizaciones. Además, va desarrollando una

propensión en el compañero social (la madre) a sonreír, vocalizar y moverse cada vez que el niño lo hace, creando de este modo un sistema recíproco y concatenado de "comunicación" que, en su mayor parte, está compuesto de expresiones afectivas.

Al principio éstas son presimbólicas, es decir, preverbales y pregesticulares. Como Escalona (1963) han descrito tan atinadamente, cuanto más experta es la madre en lograr "leer" las diversas vocalizaciones y movimientos del niño, como poseedoras de una intención comunicativa, más experto llega a ser el niño en el desarrollo de la comunicación intencional, que al principio consistirá en gestos rudimentarios, vocales o motores y, final mente, en lenguaje simbólico.

En pocas palabras, mientras que originalmente la vinculación social con la madre se creía basada en el alivio de las necesidades biológicas (hambre, frío y demás), incluyendo la necesidad de placer oral, y más tarde, las necesidades de contacto, actualmente se considera el papel de estimulación del receptor a distancia como una profunda fuente de vinculación social. Avanzando un poco más, hemos de subrayar que la estimulación y correspondencia mutuas (por ejemplo, relación visual mutua, sonrisa, vocalización, tacto, imitación, juegos y comunicación) viene a ser la trama de la primera

relación social del niño y el vínculo madre-hijo. (Vega, 2015, p. 25)

En el primer año de vida encontramos una progresión, desde la conducta que puede al principio ser descrita principalmente en términos fisiológicos (o sociales), hasta la conducta que llega a estar dotada de significación, "psicológica" y simbólica; una progresión que en la medida de la evolución solamente es equiparable a milenios sin número.

Entre los primeros 12 y 15 meses percibimos con evidencia la diferenciación entre la experiencia del self y de lo ajeno al self y la discriminación de la madre como un ser del todo especial. Se dan, además, los principios de la representación mental íntima de cada una de estas categorías de la experiencia. Sabemos algo acerca de este desarrollo gracias a la observación de la sonrisa del niño, de su vocalización, de su comportamiento visual y receptivo, cada vez más selectivos y preferentes, en relación con la madre tanto como frente a otras personas.

Hay razones para pensar que, en un momento entre los cuatro y los seis meses, el niño juega a la discriminación visual de su madre y que, mientras

durante los tres primeros meses cualquier niñera razonablemente hábil—con un estilo similar al de la madre— puede tranquilizar a un niño inquieto, muy pronto tan sólo la madre u otra persona familiar será capaz de hacerlo. Hacia los siete u ocho meses pueden presentarse dos formas dramáticas de comportamiento que revelan la intensa y específica vinculación con la madre.

Como lo afirma Vega (2015) El infante, aun en presencia de la madre, puede manifestar una reacción ante los extraños que va, desde quedarse tranquilo, mostrar sorpresa cohibida, aversión o recelo, hasta una reacción de pánico en la que el niño muestra terror, grita con energía y se aparta del extraño, hundiendo su cabeza en el seno de su madre.

Una segunda reacción sale a flote cuando la madre se ausenta del campo perceptivo del niño. En un principio, Freud y Spitz (1948) pensaron que estos dos fenómenos tenían como base una dinámica similar: el miedo del niño a perderse o a que su madre le abandonase. Pero se encontró un relato fundado en una observación más seductora: aunque las reacciones ante el extraño y ante la separación obviamente están relacionadas de un modo

dinámico y tienden a mostrar estadísticamente una correlación positiva, se dan niños con alta angustia de separación y baja reacción ante los extraños, lo mismo que al revés. Benjamín opina que existe un primitivo miedo al extraño más global que precede a la reacción ante el extraño y actúa sobre ella, en cierto modo, con independencia del miedo a perder a la madre. Durante el segundo año de vida se dan ciertos comportamientos indicadores de que el niño, no sólo puede discriminar y valorar selectivamente a su madre, sino de que ha comenzado a representarla mentalmente con caracteres de creciente permanencia y objetividad. Aun ante la frustración o durante una ausencia limitada, ordinariamente la madre continúa siendo preferida y central en la vida del niño.

La evidencia de que se ha logrado la "constancia del objeto" en sentido psicoanalítico —contrastando con la puramente cognoscitiva "permanencia del objeto" de Piaget— no es bajo ciertos aspectos empírica, pero algunos comportamientos indican que a la madre se la representa mentalmente y se la reviste de intenso afecto. Por ejemplo, el niño se dirige verbalmente a su madre o a sus pertenencias y la llama

cuando se ausenta. Su incipiente acción dramática revela que no solamente imita el comportamiento de ella, sino que llevando a cabo identificaciones cada vez más estables, adopta conductas que tipifican la actividad materna proveedora, auxiliadora, protectora y confortadora **Schechter (1954)** En definitiva la estabilidad de las imágenes intrapsíquicas y de los símbolos asociados a la madre, representan una fuente para contrarrestar los temores y angustia constante frente a los extraños y el proceso de separación

Pensamos que la estabilidad de las imágenes intrapsíquicas y de los símbolos referentes a la madre, ya relativamente permanentes, tienen una importancia definitiva para contrarrestar la creciente vulnerabilidad del pequeño ante la angustia frente a los extraños y la separación (vulnerabilidad acrecentada, por un lado, por el mayor alcance locomotor y, por otro, por su mayor capacidad para experimentar, cognoscitiva y emocionalmente, que su madre es una persona real mente separada de él y de los demás) y como un ser que puede oponerse a sus deseos y retirar el afecto cuando él es "malo".

Ciertamente persiste la fusión de las imágenes de sí mismo y de la

madre. El pequeño atribuye sus propias experiencias a su madre (proyección) y asume como parte de sí mismo actitudes que percibe en su madre (introyección). Se da, simultáneamente, una diferenciación progresiva del sentido del self; y se percibe su grito de guerra por la autonomía y el señorío en su "yo, yo", mientras que su "mío, mío" proyecta las tendencias de propiedad y posesión —si no territoriales— del niño. Aunque ya pueda distinguir a la madre como una persona separada, especialmente en momentos de necesidad, es coenvuelta (y frecuentemente confundida) con el "yo" y el "mío". (Vega, 2015, p. 17)

Por eso cuando en la práctica la madre no ejecuta las funciones que de ella se esperaban o simplemente desaparece, el self experimenta una de las sensaciones más aniquilantes de desespero y angustia, es decir surge la amenaza de desamparo y aniquilación —amenaza que se asocia con el miedo a la separación y el abandono. A continuación se expone fragmentos de un caso que ilustra claramente lo anterior:

Bowlby nos dice que Laura, hospitalizada cuando tenía dos años y cinco meses, reprochó a su madre, seis meses después (cuando por casualidad vio una película de su hospitalización), con esta frase: "¿Dónde estabas, mamá? ¿Dónde estabas?" y rompió a llorar, dirigiéndose a su padre en busca de consuelo. Este ejemplo proporciona

una descripción, en una niña ya algo mayor verbalmente, de la profunda sensación temprana de hiriente desilusión, traición y reproche basada en la vulnerabilidad a un sentimiento de desamparo que el pequeño es capaz de experimentar cuando el fuerte vínculo con la madre se ve amenazado. **Bowlby (1954, p. 216)**

Durante la fase que hemos estado describiendo (aproximadamente el segundo año y la primera parte del tercero), el niño y la madre están íntimamente vinculados, de un modo que podríamos llamar "simbiótico" (aunque las dos partes tratan simultáneamente de emerger de lo que Mahler (1955) ha calificado como "unidad dual").

A pesar de las frecuentes oscilaciones entre estados de mayor o menor diferenciación y separación entre sí mismo y el otro, queremos poner de relieve la sensación de exclusividad del niño (y de la madre) en su relación durante este periodo. Podemos observar una cualidad de parte a parte, intensa, envolvente con frecuencia, que tipificalo que puede calificarse de relación preedípica o "pareja simbiótica". Desde el punto de vista del niño la cualidad exclusiva de la vinculación no se basa solamente en la correspondencia de la madre, en este

momento exclusiva, con su hijo—es decir, su estilo individual de ser madre o el de la subcultura de una familia particular—, también tiene relación con la inmadurez en el desarrollo cognoscitivo del niño. A no ser que el niño sea precoz en el campo conceptual (lo que, ciertamente, suscita otros problemas), la madre es una compañera cuya presencia, en el caso de que exista, es dada por supuesta, y no de un modo verdaderamente diversificado y objetivo en el sentido de que pudiera conocer que ella es una madre entre otras madres y él un hijo entre otros hijos.

En este punto es necesario resaltar que Téngase en cuenta que, aunque usemos estos términos en el sentido arriba descrito, se entiende que en la proyección y la introyección existe un "elaborador" individual de la experiencia, nacido de la capacidad del niño para organizar activamente la experiencia.

Por otra parte, los términos empleados, y hasta el concepto de "personificación", de Sullivan, se refieren en gran parte al resultado final, pero conocemos muy poco acerca de los procesos mentales en sí mismos, asociados con este mecanismo. ** A no ser que se indique otra cosa, el triángulo edípico se refiere a la madre, el padre y el hijo; ambos reflejan la tendencia analítica masculina al

pensamiento ego céntrico, "chauvinista" sobre estos temas, y también una relativa ignorancia en cuanto a la experiencia, del desarrollo de la niña. (Sullivan, 1953, p. 100)

Ya entre los años tercero y quinto de su vida, el niño comienza a abstraer y generalizar a los miembros de la familia, los papeles y las situaciones, en este momento ya bastante concretos. Emerge, de la suposición egocéntrica de las situaciones "yo-tú", una consciencia creciente e importante de que hay mamas, papas y niños entre los cuales él es uno más. Ahora puede concebir un mundo interpersonal de más alto nivel

En este esquema de cosas cognoscitivo-afectivo, resulta cada vez más evidente (frecuentemente demasiado doloroso) que mamá no es ya "totalmente mía". Alcanzar este mundo interpersonal triangular supone un nuevo resquebrajamiento en potencia de la creciente autoidentidad: ya no soy el único exclusivamente amado y admirado por la madre (o el padre); el hermano, la hermana, el padre pueden también apropiársela. Puedo intentar todo cuanto está en mis manos para restablecer la unidad exclusiva —más tarde por medio de actos edípicos heroicos y gloriosos en la fantasía o en la realidad—, pero las bases del doloroso desengaño y la desilusión ante el ideal simbiótico están firme mente establecidas. (Schechter, 1969, p 29)

Este desarrollo, por supuesto, sirve asimismo de fundamento para avanzar hacia un grupo social y, finalmente, para valorar a sus semejantes de manera similar a como anteriormente valoraba a los propios padres. Conjuntamente con este nuevo nivel de conocimientos, las circunstancias de la "realidad" de la vida crean ordinariamente situaciones en las que el niño experimenta que él es "un ser que sobra", ya sea por el nacimiento de otro hermano, que está más próximo a sus padres, o porque su madre se ha liberado para dedicarse a otros intereses.

Cuando las circunstancias de la realidad no estimulan este aflojamiento de los lazos simbióticos, nos encontramos ante una situación potencialmente patógena en la que el niño permanece unido en exceso a la madre tanto funcionalmente como en su percepción propia del mundo interpersonal. Clínicamente nos encontramos con casos como éste en todas las edades; el paciente se siente simplemente "intitulado" a ser cuidado por la madre —según todas las modalidades pre viamente descritas— de un modo inapropiado, indiferenciado e indiscriminado. (Schechter, 1954, p 29)

Todos buscamos el cuidado maternal; los anhelos simbióticos perduran a lo largo de la vida como una fuerza

fundamental. Sin embargo, para los que han alcanzado la fase edípica, como se describió más arriba, estos anhelos simbióticos entran en conflicto con la nueva visión del mundo. La madre (y más tarde los íntimos) se experimentan también en relación con "los otros", a los que ahora el niño puede concebir y dramatizar de diversos modos:

Como intrusos, rivales y enemigos. En este grado de desarrollo, el "monstruodejos verdes", los celos, ensuyamadura forma edípica, trae un séquito de dolorosos afectos relacionados. Al intruso —que puede ser un nuevo hermano o el padre— "se le quiere lejos", un deseo que se asociará en el niño mayor con el deseo de muerte y con todo el culpable temor por tales deseos, que la conciencia hace soportar. Como en nuestra sociedad se responde con tanta frecuencia a las manifestaciones de celotipia con angustia y tajante desaprobación, el niño probablemente se llenará de angustia, vergüenza y perderá estima propia cada vez que siente celos. Además, al sentir celos se cierne sobre el individuo la amenaza de verse revelada su lucha subyacente por la plena y exclusiva posesión —una forma de codicia que comporta severas

sanciones sociales, inclusive el ridículo y el disgusto.

Al salir de la exclusividad simbiótica, el niño puede también desarrollar un nuevo complejo de afectos hacia el amado lo mismo que hacia el rival. Podría parecer que hay dos formas de celos triangulares en los niños y en los adultos. En una, la desilusión del niño y la consiguiente ira se dirigen casi por completo contra el rival, mientras que el amor a la madre permanece relativamente incontaminado y sin ambivalencia.

La otra forma de celos revela hostilidad que se dirige a ambas partes, incluida la madre. El primer tipo me parece más benigno ya que el objeto del amor no se ve amenazado por impulsiones hostiles y destructivas. De hecho, como indica Klein (1962) en algunas partes, como Francia, el asesinato del rival es perdonado en la suposición de que el amor al amado esté aún "puro". Parece que estos dos diversos tipos de celotipia son tipos ideales, mientras que, en la realidad, podemos pensar que los afectos descritos anteriormente se combinan con diversos grados de intensidad y conciencia. En todo caso, el niño edípico padece un sentimiento de ser defraudado en lo que es suyo — en su mente, su posesión exclusiva de la

madre—, y puede relacionar causalmente este sentimiento de pérdida, con su madre tanto como con su rival. Siente entonces que la madre ha quebrantado una promesa, porque los niños interpretan como "promesa" lo que ordinariamente consiguen.

Con esta sensación de haber sido traicionado se inicia el desarrollo de un ulterior complejo de afectos que incluye una tendencia a desconfiar, a censurar y a buscar justa venganza, y más tarde hasta a mofarse y morder la mano que da de comer. El niño puede abandonar a la madre por el padre, por los hermanos o los semejantes o —en los casos más extremos— alejarse completamente de toda la gente real con una reacción autoaisladora y malévola. Cada una o cada grupo de estas tendencias afectivas pueden llegar a fijarse crónicamente en normas caracterológicas paratoda la vida, cuyo análisis probablemente revelará algunos aspectos del drama infantil subyacente cuyas características estamos tratando de describir. (Scheter, 1954, p. 30)

El análisis que Klein hace de la envidia y los celos aclara que los últimos se asocian frecuentemente. De algún modo es evidente en este estadio que "al otro" se le puede experimentar empáticamente por tener una igual necesidad de madre.

Laura (cf. supra), de dos años y cinco meses, dijo a otra niña hospitalizada: "Lloras porque

quieres a tu mamá. No llores. Vendrá mañana." Conocemos muy poco sobre el desarrollo de tales afectos positivos con la envidia, ya sea a la madre que puede darlo todo, o al rival que puede ofrecer más que uno mismo. Una peligrosa consecuencia de los sentimientos excesivamente intensos de envidia y de privación es el embotamiento de la capacidad de gozar, que engendra tan sólo mayor sentimiento de privación y envidia. (Scheter, 1954, p. 31)

Afortunadamente, en el caso de que se haya desarrollado una profunda reserva de básica confianza en sí mismo y en los demás, y se disfrute, simultáneamente, de un creciente sentido de autonomía, iniciativa y competencia, las primeras desilusiones inevitables pueden ser "absorbidas" por el ego, de tal modo que guarde un balance positivo de sentimientos que llamamos "esperanzador". De hecho, se da en la relación del muchacho edípico con su madre un renacimiento periódico: "se enamora" de ella otra vez, se vuelve esperanzado, ocasionalmente adador y la ve bajo una luz ideal; en parte tratando de disociar los malos sentimientos que ha tenido hacia ella y para volver a conseguir el sentido de su básica bondad.

En efecto, puede "enamorarse", como lo manifiesta Scheter (1954) tan sólo porque se ha "desenamorado" por la

creciente consciencia de su alejamiento, de su falta de exclusividad y las limitaciones de sus derechos sobre la madre. Un niño de cuatro años que aún tenía exigencias de propiedad, graciosamente reveló su deseo de poseer y al mismo tiempo castigar a su madre, mientras privaba a sus rivales de la presa: "Quiero (madre) encerrarte en mi cama, y papá y Carlitos (el hermano de dos años) nunca podrán sacarte." Antes de que examinemos cómo un niño en edad preescolar hace frente

Fase edípica

El niño en edad preescolar ha comenzado a distinguir el sentido del futuro y del pasado, pregunta constantemente sobre el ciclo de la vida, la sucesión de las generaciones, su origen y sobre la muerte. Es cosa bastante interesante que el enigma planteado por la Esfinge y resuelto positivamente por Edipo se centre exactamente en el misterio del desarrollo del hombre a lo largo de su ciclo vital.

Al preguntar la Esfinge qué criatura camina sobre cuatro patas por la mañana, sobre dos al mediodía y sobre tres por la tarde, Edipo contesta que esa criatura es el hombre en su niñez, en su

activamente a la tarea edípica de abandonar o, más bien, transformar las formas primitivas de relación de tal manera que goce de alguna satisfacción en el presente y de esperanza para lo futuro, necesitaremos estudiar algunas formas de desarrollo del ego que caracterizan esta fase.

Al mismo tiempo este examen nos proporcionará un modesto medio para calladamente ponderar la analogía entre el rey Edipo y el niño edípico.

edad adulta y en su ancianidad. Los enigmas se derivan de la curiosidad y asombro ante la vida; y son signos del sano niño edípico. Su curiosidad está ahora equipada con armas cognoscitivas —y también con un intenso interés afectivo— que penetran y exploran, a menos que las embote la turbación y la perplejidad evasiva de padres y maestros.

Un niño de cinco años, en su primer encuentro con él terapeuta en el hospital, dijo lo siguiente: "Tengo dos preguntas; una, cómo trabaja el corazón; la otra... se me ha olvidado. Además, mi padre me dijo que no era una pregunta muy delicada." Su curiosidad sobre su origen y destino, como también sobre las ocultas partes sexuales y

sus funciones, lleva al niño —si es lo suficientemente libre— a explorar los diversos ángulos de los misterios anatómicos y familiares. Mientras un niño de cuatro años puede encontrar difícil expresar la diferencia entre chicos y chicas desnudos, uno de cinco años tiende a tomar muy en serio las diferencias genitales. (Schechter, 1954, p. 32)

Tras de haber presenciado cómo ponían pañales a una niña pequeña, Garlitos, de cinco años, dijo a su madre: "¿Puedes soportar verla? ¿Verdad que no? No tiene pene. Está lisa. No tiene nada." "¿Ni siquiera un canal para el parto?", replicó Eduardito esperanzado. De un modo similar, las niñas pequeñas se dan cuenta y a veces se sienten claramente lastimadas por la carencia de pene. (Schechter, 1954, p. 32)

Los efectos caracterológicos a largo plazo de tales reacciones se han debatido ampliamente pero nadie duda de que estas experiencias infantiles son reales y de elevada significación. Junto con las diferenciaciones psicosociales y anatómicas de los sexos, los niños tienen las primeras fantasías de unión entre los sexos; y éstas parecen estar caracterizadas, casi universalmente —al menos clínicamente— por grados variables de afecto agresivo y con frecuencia destructivo.

Una niña de cuatro años, poéticamente precoz, lo planteó así en el preescolar (y supongo que se refería a algo relacionado con

su imaginación de la "cópula sexual"): "En ese momento el tren se perdió de vista y los vagones pasaron con estruendo por encima de los peces nada dolores. Entonces él saltó sobre una sirena y así es como fue arrojado a la orilla." En todo caso observamos un desarrollo de la fantasía —y experimentación activa— respecto a las posibilidades de la cópula, tanto anatómica como social, entre macho y hembra. (Schechter, 1954, p. 32)

Probablemente uno de los más funestos desarrollos de la vida emocional y mental del hombre es la tendencia a fantasear, que llega a su pleno florecimiento entre los tres y los seis años, aunque tenemos pruebas de su iniciación en el segundo año de vida. La fantasía, adoptando la forma de fábulas o escenas dramáticas, nos puede comunicar de un modo directo y claro lo que el niño piensa, imagina y siente en relación con su mundo íntimo, incluyendo sus deseos y temores. Una de las nuevas tendencias del ego que puede constituir una condición previa para fantasear y dramatizar consiste esencialmente en la capacidad de recrear el drama familiar en muchas de sus relaciones principales. No queremos decir que la fantasía y dramatización no sean otra cosa que la reproducción de las relaciones familiares; al contrario,

son la respuesta de la imaginación creadora del niño a la situación familiar. No descubrimos aquí simplemente "proyecciones" de escenas familiares "interiorizadas"; creemos más bien que el niño edípico ha "reelaborado" y combinado en una nueva forma simbólica sus imágenes, sus insights y afectos en relación al cuadro familiar.

Puede decirse que una de las "formidables" funciones intencionales de la fantasía y de la dramatización es hallar soluciones de adaptación para los dilemas a los que se enfrenta el niño edípico. De todos modos, existe otro aspecto por medio del cual el niño puede "descansar" como Biber (1960) ha dicho de la presión para adaptarse a las realidades sociales y físicas y "jugar" desempeñando papeles dramáticos alternativos (policía, bombero, mamá, papá, bebé) y con soluciones.

En la dramatización y la fantasía el niño es creador de un dominio sobre el cual logra de nuevo derechos territoriales exclusivos; excepto cuando comienza a cooperar y cosecha el extraordinario placer de compartir una fantasía con otra persona real. En este sentido sus semejantes poseen un valor potencial que sus padres pronto comienzan a perder. En la medida en que el niño edípico no comparta sus fantasías,

puede llegar a estar separado de su propia vida imaginativa o retroceder a un empleo defensivo más autístico de la fantasía que ahora le sirve para aislarse de la gente.

La fantasía edípica tiene amplia conexión —más claramente en el muchacho— con el poder.

Sus imágenes se centran en lo que va a llegar a ser; las "mayores, más fuertes, más rápidas" imágenes son idealizaciones futuristas que en parte brotan de su capacidad para comparar su propia persona con sus padres, sus hermanos, sus semejantes. La comparación le revela con frecuencia que lamentablemente carece de poder, pero que posee una respuesta para este vacío: "cuando sea mayor llegaré a ser..." En éste su grado de desarrollo las identificaciones proyectadas al futuro se ligan firmemente a las actividades del sexo y del género y actúan, en parte, para la superación de su frágil posición en el triángulo edípico. Al mismo tiempo que le vinculan durante este periodo vulnerable, estas identificaciones le ayudan a defenderse de sentirse abrumado por la recurrencia periódica de los anhelos reprimidos de la unidad simbiótica preedípica.

De este modo se pueden considerar las luchas edípicas —"casarse" con la madre (o con el padre), o tener con ella un hijo— comointentos de disipar vinculaciones más primitivas y alcanzar un lugar digno en la familia y, por ese camino, en el mundo. En conclusión, opino que las auténticas fantasías edípicas poseen, en grado diverso,

tendencias potencialmente "regresivas" y "progresivas", por ejemplo, un retroceso a la simbiosis preedípica y el avance para lograr las prerrogativas y poderes del adulto; fuerzas que podemos descubrir hasta en las relaciones más adultas, incluyendo el matrimonio. (Schechter, 1954, p. 31)

Influjo de las actitudes de los padres

No es nada extraordinario decir que la estructura familiar crea la situación edípica; sin embargo, es igualmente cierto que la impotencia biológica del niño pequeño parece haber exigido alguna forma de cuidado familiar. Aun que podemos estar seguros de que la estructura social y familiar determina las actitudes de los padres de manera muy marcada, ya que la relación marital con frecuencia está sometida a un desarrollo paralelo al que hemos descrito para el niño; moviéndose desde una vinculación dual casi exclusiva, a la relación tripersonal que incluye al nuevo hijo. Para algunos padres esta transición es relativamente indolora: parece que están maduros y preparados.

En otros, como lo manifiesta Correa (2019) el comienzo de una nueva familia hace salir a la superficie dolorosos conflictos no resueltos, provocados en el confuso pasado por la propia experiencia preedípica y edípica.

Es digno de notar que los conflictos se apoyan en los mismos problemas que hemos estado examinando en niño

edípico; los sentimientos de privación, celos y envidia los cuales pueden ser reactivados en relación con el desequilibrio producido por el nuevo carácter triangular de la familia.

Con frecuencia, clínicamente se tiene la impresión de que estos conflictos y pasiones familiares son más intensos —y menos desplazados— en la familia de pequeño núcleo, especialmente cuando solamente hay un hijo; pero son impresiones aún no probadas, según lo que yo conozco, para que puedan constituir generalizaciones seguras. En las familias mayores y más extendidas, un hijo posee el potencial necesario para realizar algunos aspectos de sus fantasías edípicas "progresivas" cuidando responsablemente de hermanitos más pequeños o de sobrinos. En las familias muy pequeñas esto es difícil, aunque adoptar niños tiene

en parte una función similar.
(Correa, 2010, p.29)

Otro tipo de reacción ante el reto del hijo edípico se percibe con frecuencia en padres que clínicamente son conceptuados como débiles y pasivos.

Dificultades en la resolución del Complejo de Edipo

En la clínica actual según Comín (2015) los niños y adolescentes que no resuelven satisfactoriamente esta etapa pueden sufrir de:

-Vínculos de Apego patológicos, con predominio de relaciones duales con la función materna. Bien por la vía de la no posibilidad de incluir la función paterna o por la incapacidad de soportar la angustia que toda relación con el otro genera, observamos un aumento de pacientes niños/as con dificultad para establecer un mundo simbólico ordenado, metafórico, creativo. Al no poder utilizar la función metafórica en su relación con la realidad, se quedan fijados en la repetición, la incapacidad para soportar los cambios, las frustraciones o las pequeñas castraciones (pérdidas) cotidianas. La desconexión, ausencia de intención comunicativa, dificultades para apropiarse del lenguaje como medio de comunicación con el otro, la pura

actuación sin que las palabras frenen el sin-sentido del moverse y no poder parar, son la manera de manifestar sus dificultades. El TGD (Trastorno Global de Desarrollo), TEA (Trastorno del Espectro Autista), TDHA (Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad), son las etiquetas con las que trabajamos en la actualidad.

-Dificultades en la Desexualización de los padres. (Nasio,2007) citado por Comín (2015) propone que: La crisis edípica comienza con la sexualización de los padres y se completa con la desexualización de estos mismos (la renuncia a los deseos incestuosos inconscientes y la incorporación de estos a través de la identificación). Hoy por hoy los niños neuróticos no sufren tanto por los secretos en el área sexual, ya que desde el nacimiento se fomenta un discurso social abierto en el que la sexualidad no es reprimida: pene, vagina, nacimiento por la barriga, coito entre adultos y otras prácticas sexuales diferentes ya no suponen un tabú.

Además en la actualidad se acepta la sexualidad infantil, se admite la masturbación, los primeros juegos sexuales, y además ya los padres no se reprimen tanto de responder las

inquietudes sexuales. La sexualidad se estudia en los colegios y/o institutos.

¿Cuál es el problema de verdad, lo que motiva seriamente un terremoto psíquico y produce síntomas? Al niño actual le resulta muy difícil soportar y aceptar que los adultos que cumplen las

funciones materna y paterna (juntos o por separado) tengan una relación, la sexual, en la que ellos no puedan incluirse.

Conclusiones

A lo largo de esta reflexión se han vislumbrado algunos aspectos en cuanto a la emergencia y resolución de la fase edípica en cuanto al desarrollo humano se refiere, los cuales están respaldados por dos puntos de vista: 1) El desarrollo cognoscitivo-afectivo del niño a medida que avanza desde la unidad social simbiótica de dos personas hacia el mundo interpersonal edípico, esencialmente triangular. 2) La respuesta de los padres y la respuesta familiar al desarrollo señalado arriba, de los padres, cuando surgen los conflictos del hijo edípico.

Se analizó de igual manera el mundo psíquico del hijo desde sus representaciones cognitivas, como también frente a su posición sobre los deseos y desilusiones. Se hace evidente entonces, que las “actitudes del ego” están complementadas por el desarrollo cognitivo y afectivo las cuales se unen

para representar fusiones estables y adaptadas con el transcurrir del tiempo y el proceso de formación de la personalidad.

En función de lo anterior se puede concluir que los deseos, logros o desilusiones, hacen parte del proceso específico del desarrollo a su vez conformados por concepciones propias según la etapa específica, y su mundo personal e interpersonal.

En la primera parte del artículo procedió a describirse el desarrollo del vínculo con su madre, los cambios, las respuestas afectivas y sobre todo las actitudes del ego del infante a medida que va pasando la etapa simbiótica, y culmina en la fase edípica.

El cambio hacia la capacidad de concebir y experimentar verdaderamente el mundo

triangular interpersonal se considera un paso definitivo para dominar la realidad social, pero también como una fuente de actitudes intensamente cargadas y, de modo potencial, crónicamente cargadas de afecto, que pueden distorsionar para siempre su experiencia de la vida, como son desilusión, celos, sentimiento de ser traicionado, reproche crónico del amado y una tendencia a vengarse y a sufrir el miedo a la ley del talión. (Schechter, 1969, p. 35)

La exploración intelectual, la fantasía y la acción dramática son el fiel resultado de la curiosidad y admiración del hijo por su familia y el avance en su ciclo de vida, considerándose así esas actividades como medios por los cuales el hijo empieza a controlar sus

sentimientos de derrota y los conflictos que podría acarrear el triángulo edípico.

De igual manera se ha expuesto algunas actitudes paternas ante la constelación edípica, por ejemplo celos y rivalidad de uno de los padres hacia el vínculo del desarrollo del hijo con la pareja, así como también se exploraron algunos caminos para la solución de los conflictos edípicos poniendo de relieve la compleja naturaleza transaccional del juego recíproco de fuerzas intrapsíquicas e interpersonales, de la que dependen los resultados relativamente saludables o patológicos de la fase edípica.

Referencias Bibliográficas

- Brainsky, S. (s.f.). Manual de psicología y psicopatología dinámicas. CARLOS VALENCIA EDITORES.
- García Restrepo, L. E. (s.f.). El desarrollo de los conceptos psicológicos una introducción a la historia de la psicología . limusa .
- Nye , R. D. (s.f.). Tres psicologías perspectiva de Freud, Skinner y Rogers . Thomson learning.
- Bergler E. (1934) On the problem of the Oral pessimism. Imago XX 1934. Britton R. (1989)
- Freud, S., (1910) "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre". (Contribuciones a la psicología del amor, I) . O.C., Bs.As., A.E., vol. XI.
- Biber, B., (1960) "Play in Children". Discurso pronunciado ante la William Alanson White Psychoanalytic Society, Diciembre de 1960.
- Bowlby, J., "Presentation of a Film and Discussion" (James Robertson: "A Two Year Old Goes to Hospital"). En Discussions on Child Development, J. M. Tanner y B. Inhelder, eds. Int. Univ. Press, Nueva York, vol. 2, 1954, p. 216
- Correa, L. (2010). Estructura edípica y rasgos orales del carácter. Revista Psimonart. Universidad del Rosario: Facultad de Medicina.
- Escalona, S. K., "Emotional Development in the First Year of Life". Problems of Infancy and Childhood, M. Senn, ed. Foundation Press, Packanack Lake, N. J., 1963
- Fenichel, K (1984). Teoría psicoanalítica de las neurosis. Paidós 2da Ed.

Freud, S., (1897) Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en la vida de Freud. Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99]). O.C. Bs.As., Amorrortu Editores, vol. I.

Freud, S., (1900) La interpretación de los sueños. Cap. V: El material y las fuentes del sueño. O.C., Bs.As., A.E., vol. IV. Bs.As.

Freud, S. (1923) El Yo y el Ello. Obras Completas. Amorrortu Eds.

Freud, S., (1948). La interpretación de los sueños. En Obras completas, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, vol. I, pp. 231-581.

Klein, M., Envy and Cratitude. Charles Birchall, Londres, 1962.

Mahler, M. y B. Gosliner, "On Symbiotic Psychosis: Genetic, Dynamic, Restitutive Aspects". *Psy. Study Child*, núm. 9, 1955

Schechter, D. E., M. Symonds e I. Bernstein, "Development of the Concept of Time in Children". *Nerv. & Ment. Dis.*, núm. 121, 1954, p. 301.

Schechter, D. E., 1969: El complejo de Edipo: Consideraciones sobre el desarrollo del ego y la interacción parental, in: *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, México No. 11 (1969), pp. 25-46.

Sullivan, H. S., *Interpersonal Theory of Psychiatry*. Norton, Nueva York, 1953.

Valls J. (2002) *Diccionario Freudiano*. Barcelona. Julian Yébenes S.A.

Vega, V. (2015). *El complejo de edipo en Freud y lacan*. Universidad de Buenos Aires: Facultad de